

ABC de Filosofía

Altruismo

*Enrique Trejo Vega
Plantel Álvaro Obregón 2
trejovegaenrique@hotmail.com*

Samuel Oliner, un niño que había perdido a su madre cuando tenía siete años, fue ayudado por una mujer casi desconocida cuando los nazis destruyeron el ghetto de Bobowa, en el que vivía en compañía de su familia. Cierta día de la primavera de 1942, los nazis obligaron a su familia, incluyendo a sus abuelos, a dejar el pueblo donde vivía y a trasladarse a un ghetto al sur de Polonia. Obligados por circunstancias que son conocidas históricamente, emprendieron un viaje de veintidós horas, sin otra pertenencia que la que podían cargar con sus propias manos. Durante dos meses vivieron en ese sitio en el que a decir del propio Oliner, lo único que se experimentaba era el dolor, la maldad, el hambre y la depravación. Con estas características los sorprendió el 14 de agosto, día en que las fuerzas nazis llegaron al ghetto y se llevaron a todos los judíos. Oliner, a petición de su madrastra logró esconderse y escapar, pero no lo hizo sin antes observar el desastre y la ola de crímenes que ahí se perpetraron. Después de vagar por las orillas de la ciudad y alimentarse de algunos frutos que encontraba en el campo, llegó a la casa de Balwina. Esta mujer, que apenas conocía a su padre, con quien había realizado algunos negocios, lo resguardó, le dio un nombre nuevo y le enseñó a recitar el catecismo cristiano. Arriesgándose a ser descubierta por los espías que denunciaban a quienes escondían a los judíos, lo encubrió y lo ayudó para adecuarle una nueva personalidad.



Jeanie Tomanek - USA

Después de cambiarle el nombre y enseñarle las oraciones cristianas, consiguió que su acento tanto como su vestimenta fuera lo más parecido a los de un niño católico polaco; se preocupó por inculcarle el cuidado de sí mismo, aconsejándole que tuviera la debida precaución de no mostrar su circuncisión, comentándole el fin que tenía cada una de las personas que se llevaban los nazis. Cuando ya no pudo seguir ocultándolo en su casa, le envió a una villa cercana para que consiguiera un trabajo, recomendándole que no volviera hasta que las circunstancias fueran más favorables.

Después de dos años y medio de trabajar en una granja judía que curiosamente fue rentada a una pareja de no judíos, cuando los dueños fueron ejecutados, regresó a visitar a Balwina, tiempo en el cual ella mandaba a su hijo menor a visitarlo y a transmitirle ánimos, diciéndole que la guerra terminaría pronto.

Entre más de un millón de niños asesinados, Samuel Oliner sobrevivió para llegar a ser profesor de la Humboldt State University de California¹. Con el tiempo se dio a la tarea de escribir sobre el altruismo, y para ello le fueron útiles los datos que de primera mano le proporcionaban las personas que ayudaron a judíos aun a costa de su propia vida.

¿Qué motivos tuvo Balwina para ayudar de esta manera a un desconocido, que aun sabiendo que en ello le iba su seguridad y la de su familia, se arriesgó de tal manera que pudo más esta motivación que todas las consideraciones que le conducirían a proteger más sus intereses? Ella fue una campesina que a sabiendas del riesgo que correría, se esmeró de tal manera que directamente contribuyó para que Oliner siguiera vivo, e indirectamente para que él mismo nos relatara su historia mediante sus libros.

Lo mismo que Balwina, la historia nos ha reportado un gran número de personas que han ayudado a otras aun cuando las circunstancias les han sido lo menos favorables.

¿Qué motivos movieron a estas personas para actuar de esa manera?

El altruismo es esa consideración que tenemos hacia los demás, ayudándolos en sus situaciones de necesidad, esa ayuda que ofrecemos desinteresadamente para tratar de aminorar la pena de los otros. Sin embargo, la justificación de los actos de ayuda ha pretendido encontrarse en motivos egoístas, aduciendo una especie de angustia que se instala en la persona que ofrece la ayuda y que lo impulsa a considerar el interés de los otros con intención de contrarrestar ese malestar. Según esta idea, ayudamos a los demás cuando queremos reducir una experiencia desagradable a la que nos enfrentamos al observar a los otros en necesidad, de suerte que la ayuda nos sirve como una pequeña cura del mal que nos aqueja al suponernos nosotros o alguien cercano en la misma circunstancia. Los otros, en ese sentido, nos sirven de medios para tratar de anular un estado en el que nos ha colocado su propia desgracia.

La idea fundamental de esta hipótesis es que detrás de un acto de aparente altruismo hay un malestar que quien ayuda quiere aliviar, ello lo logra si apoya al que se encuentra en desgracia, más no con un deseo último de que el otro la pase mejor, sino para mitigar

¹ Esta historia la describe Peter Singer en *Una vida ética*, escritos. Ahí mismo presenta comentarios sobre la ayuda que sus padres recibieron para salir de la Europa nazi, ayuda que surgía de personas con las que no se tenía una relación tan estrecha, y que, a su decir, denotaba claramente el altruismo. Sin embargo, la historia puede leerse de primera mano en un libro que escribió el propio Samuel Oliner, *Do unto others: extraordinary acts of ordinary people*.

la angustia que al propio observador le ocasiona esa experiencia. De acuerdo con esta manera de presentar el problema, los individuos ayudan a los que se encuentran en desgracia para beneficiarse a sí mismos antes que para aliviar a los que lo requieren, de ahí que beneficiar a la víctima es sólo un medio para lograr los propios intereses. En filosofía, con frecuencia se aduce el ejemplo en el que Thomas Hobbes dio limosna a un mendigo, y cuando se le cuestionó sobre este hecho señaló que con ello no solamente ayudaba al mendigo, sino que contribuía a aliviar su propia angustia al verlo en necesidad. La pugna entre el egoísmo y el altruismo tiene rastros muy antiguos y constantes. Platón pone en boca de Glaucón el mito de Giges, un pastor al servicio del rey de Lidia, quien cierto día, después de una tormenta y un terremoto que abrió la tierra, bajó hasta el abismo y le quitó un anillo de oro a un cadáver que ahí yacía. Mientras jugaba con este anillo se dio cuenta que girándolo de una determinada manera él se hacía invisible, así que valiéndose de esos poderes sedujo a la reina y con su ayuda mató al rey ².

Con este mito se quiere ilustrar la idea en la que se hace más evidente que el hombre busca siempre su propio beneficio y desdigna el de los demás, y al mismo tiempo, que la justicia es un asunto al que se recurre sólo cuando se es débil para cometer injusticias. El desafío va a consistir en probar que es más deseable actuar justamente que de manera injusta.

También Aristóteles toca el tema al señalar que “Parece que el hombre vil lo hace todo por amor a sí mismo, y tanto más cuanto peor es (y, así, se le reprocha que no hace nada sino lo suyo), mientras que el hombre bueno obra por lo noble, y tanto más cuanto mejor es, y por causa de su amigo, dejando de lado su propio bien” ³.

A propósito de esto Hobbes menciona que “toda asociación con los demás se hace, pues, o para adquirir alguna ganancia o para adquirir alguna gloria; es decir, no por amor a nuestros prójimos, sino por amor a nosotros mismos” ⁴.

Bernard Mandeville también señala que: Ningún mérito hay en salvar a una inocente criatura que va a caer al fuego: la acción no es ni buena ni mala, y por grande que sea el beneficio que el infante reciba, no habremos hecho más que complacernos a nosotros mismos, pues el haberlo visto caer y no tratar de impedirlo nos hubiera causado una pena que el instinto de conservación nos impulsa a evitar. Cuando un rico pródigo, de temperamento piadoso, que gusta de satisfacer sus pasiones, socorre por conmiseración a un sujeto con lo que para él es una bagatela, tampoco tiene por qué envanecerse de su virtud. ⁵

Desde una perspectiva biológica, los investigadores de la universidad Hebrea de Jerusalén entre ellos el profesor Richard Eibstein, han sacado a la luz un artículo en el que señalan que algunos dictadores como Hitler, Mussolini y demás comparten un rasgo genético común, a saber: las dimensiones del AVPR1, que es el gen que posibilita que una hormona llamada vasopresina actúe en el cerebro. Se ha asociado

² Véase Platón, *República*, pp. 108-110.

³ Aristóteles, *Ética nicomaquea, ética eudemia*, p. 366.

⁴ Hobbes, *De Cive* p. 57.

⁵ Bernard Mandeville, *La Fábula de las Abejas*, p. 31.

esta hormona con el altruismo de manera que una menor cantidad de la misma provoca una mayor inclinación hacia la conducta egoísta.⁶ Con ello se pretende fundamentar que efectivamente hay una relación muy estrecha entre los genes y la conducta egoísta. Richard Dawkins en su libro *El gen egoísta*, señala que su teoría no trata de explicar conductas morales, sino de buscar las bases biológicas de la conducta. Así, expone una doctrina que dice que por nacimiento la estructura biológica más elemental, el gen, es egoísta. “No estoy planteando cómo nosotros, los seres humanos debiéramos comportarnos [...] Tratemos de enseñar la generosidad y el altruismo, porque hemos nacido egoístas”.⁷ Como señala Mackie, pareciera que bajo esta óptica impera la ley de la selva en la que lo que domina es la competencia y la sobrevivencia.⁸

Aunque el egoísmo pareciera imponerse sobre el altruismo en lo que hasta aquí llevamos, nos resta señalar que algunos pensadores han mostrado evidencias empíricas en las que ha salido mejor librado el altruismo. Daniel Batson llevó a cabo un experimento en el que ponía a prueba la hipótesis de que las personas ayudan más por empatía que por aliviar un malestar propio. Este experimento consistía en que un compañero de trabajo, que en realidad era un cómplice recibía unas descargas eléctricas, mientras otras personas, previamente seleccionadas por su próxima o lejana afinidad con quien padecía los choques eléctricos, observaban a través de un monitor. A estos se les ofreció la posibilidad de huir o sustituir a la persona que recibía las descargas.

Para hacer posible este experimento se trabajó con dos constantes: la empatía que cada uno de los observadores sentía por el cómplice del experimento y la facilidad o dificultad de evadir el asunto. Con los resultados del experimento se interpretó que aquellos que sentían poca empatía por el dolor de la persona huían o ayudaban siempre que la huida fuese difícil, mientras que quienes presentaban una empatía alta ayudaban sin importar si la huida era fácil o difícil. Es posible que la aversión se produzca en ambos grupos, pero el experimento denotó que la empatía alta era un elemento que determinaba si se ayuda o no a la desgracia del otro.⁹

La tesis que posibilita hablar de altruismo, se finca en la idea que los deseos últimos no se agotan en el egoísmo, esto es, que las personas algunas veces presentan consideraciones hacia los demás como un fin en sí mismo. Esto no quiere decir que las personas estén preocupadas siempre por el interés de los demás, sino que en ocasiones es cierto que presentan deseos de ayudar a los otros sin que ello sea en favor de un interés de la propia persona que ayuda, sino como un interés hacia el bienestar de las demás personas.

La hipótesis del altruismo requiere que los deseos intrínsecos, es decir, aquello que se quiere por sí mismo, estén dirigidos a los otros, pero no de manera que esa preocupación indique algún tipo de daño. La preocupación por los otros ha de entenderse en términos de buscar cierto beneficio para los demás, no de ofrecerles algún mal. Que Yago se

6 Cfr. R. P. Eibstein, “Individual differences in allocation of funds in the dictator game associated with length of the arginine vasopressin 1a receptor RS3 promoter region and correlation between RS3 length and hippocampal mRNA”. pp. 266 – 275.

7 Richard Dawkins, *El gen egoísta*, pp. 3-4.

8 Cfr. J.L. Mackie “The law of the jungle: alternatives and principles of evolution” en Paul Thompson (Editor) *Issues in evolutionary ethics*, p.165.

9 Para una explicación más detallada del experimento véase la descripción que hacen Sober & Wilson, en *El comportamiento altruista...*, pp. 228-232.

preocupe por la destrucción de Otelo como un fin en sí mismo, no parece darnos ocasión para aducirle preocupaciones altruistas, toda vez que tal preocupación entraña un deseo malévolo. La preocupación por los otros como un fin en sí mismo, requiere una dirección, ésta es, procurar alivio a las penas de aquellos a quienes ayudamos.¹⁰

Finalmente, una postura que abre las puertas para hablar de altruismo como aquella situación en la que el agente se preocupa por el bienestar de los demás, es la expuesta en Las neuronas espejo, donde la empatía por lo demás parece ser activada por un mecanismo de resonancia que nos incita a un comportamiento de consideración para con los otros. “La comprensión inmediata, en primera persona, de las emociones de los demás posibilitada por el mecanismo de las neuronas espejo constituye, además, el prerequisite fundamental del comportamiento empático que subyace en buena parte de nuestras relaciones interindividuales”.¹¹

Hasta aquí, lo expuesto señala el carácter de una naturaleza humana basada en consideraciones egoístas, que se mezclan con aquella postura en la que de manera ventajosa adoptamos el rol de altruistas. Así, sea que ello nos reporte un beneficio propio o sea que beneficie a los demás, en todo caso pareciera que la consideración más adecuada es aquella en la que ayudamos a los otros desinteresadamente.

A manera de ensayo, y tan sólo para ver si podemos contagiar a los más cercanos, convendría creernos que tenemos motivos para ser altruistas. ¡Qué importa que tal actitud no podamos distinguirla y expresarla claramente en la teoría! Si con ello obtenemos una disposición de ánimo como la que Balwina mantuvo con Oliner, considero que replicándola en cada uno de nosotros podríamos aspirar a mejores relaciones sociales, a dejar de vernos como enemigos y quizá, ello sirva para mantener viva la esperanza de que podemos vivir en un mundo mejor.



Tytus Brzozowski, Poland

¹⁰ *Ibid.* pág. 198.

¹¹ Véase, Rizzolatti Giacomo & Sinigaglia Corrado, *Las Neuronas Espejo, Los mecanismos de la empatía emocional*, p. 182.